

7. Cómo acabar con el crimen

LA TREGUA EN LOS ATAQUES de William Walker contra sus semejantes, que había comenzado en la navidad, continuó durante varias semanas después del duelo con Graham. Aunque siguió abordando el tema de los litigios de tierras y criticando a los jueces, no lanzó invectivas como las de diciembre. Su pluma también abordó "Los yacimientos auríferos", "Los proteccionistas", "La legislación comercial", "La ópera italiana", "Las artes", "El telégrafo transoceánico", "La cárcel" y otros tópicos. La ley del divorcio que se debatía en la Legislatura de California provocó varios editoriales suyos en los que expresó con claridad su pensamiento:

Ciertamente, no es deseable tratar el contrato matrimonial con ligereza o frivolidad. ¿Mas, el hacer el contrato indisoluble por ninguna causa no acarrea consecuencias tan lamentables como el extremo opuesto? ¿No hubo en Francia tantas esposas infieles antes de la Revolución como en Roma bajo los emperadores?⁸⁵

No hay duda alguna de que la ley debe distinguir al contrato matrimonial de los contratos ordinarios. ¿Pero, será necesario para ello que ponga sobre la puerta de la alcoba nupcial la inscripción que Dante vio en las puertas del infierno, "Al entrar, deja atrás toda esperanza"?⁸⁶

Una ley del divorcio juiciosa —una ley que considere al matrimonio como algo más que un contrato civil, pero sin convertirlo en una carga intolerable— está más de acuerdo con el espíritu cristiano que una constitución declarando al matrimonio siempre indisoluble. La ley judaica, que era un código civil a la vez que religioso, permitía el divorcio por diversas causas; y

como dijo Cristo, la ley era así debido a la "dureza de sus corazones" —la debilidad y las imperfecciones de la naturaleza humana— hacen necesario que los gobiernos permitan y legalicen el divorcio.⁸⁷

Entretanto, John Nugent se había trasladado a San José a cubrir la Legislatura de California desde que ésta inició las sesiones el 6 de enero, y la "correspondencia editorial" de Nugent salió con regularidad en el *Herald*. El 13 de febrero envió una crónica de los debates sobre la ley del divorcio: El senador Green había propuesto una enmienda, insertando las palabras "de parte de la esposa, cuando el marido mate al hombre que violó su lecho"; el senador Heydenfeldt se había quejado de que algunos colegas trataban de pasar "su ley" en el senado "a escondidas"; y el senador Broderick había dicho que el retraso en el procedimiento se debía "a la estupidez de ciertos senadores". El editorial de Walker el lunes 17 de febrero, al recibir la crónica de Nugent, revela la reacción instantánea del edipo en su subconsciente:

Las escenas en el senado durante la última semana no han sido nada honrosas para sus miembros ni para la reputación del Estado en general. Casi diario usan palabras indignas de los senadores que las pronuncian y del sitio donde las dicen. ... Nuestros representantes inmediatos han sido protagonistas de escenas que no podemos caracterizar en términos más suaves que "ignominiosas". No sólo se han hecho acusaciones de ignorancia y estupidez, en público, en el senado; sino que tampoco han faltado imputaciones de propósitos deshonestos y conducta corrupta. ... Es de temer que resulten en violencia y se derrame la sangre. ... cuando la fiebre del espíritu público pone frenético al político y lo hace delirar, es hora de que sus amigos lo encierren en un cuarto oscuro y lo metan en la cama. ... es imperdonable que esos hombres sean tan malos con sus adversarios, acusándolos de motivos impuros y prácticas corruptas, a menos que las pruebas sean claras y los testimonios dignos de confianza. ... Es indecente que un hombre —mucho menos un senador— diga con rodeos lo que no diría abiertamente, cara a cara.⁸⁸

Al día siguiente, en una noticia local se mencionó una carta del senador de Missouri Thomas H. Benton, "a un amigo en esta ciudad". Walker comentó que la carta era probablemente dirigida "al Gran Explorador" Mr. Frémont, y que merecía un lugar prominente entre los papeles "que tratan de los Muertos".⁸⁹ Esas palabras aluden a la carta de Frémont que penetró en su subconsciente al comienzo del duelo por Ellen (Tomo I, p. 167), y dicha reminiscencia viene acompañada de renovados asaltos contra sus semejantes. En la misma página, en la columna adyacente, arremete contra el *San José Argus* y contra Frémont en "Hecho a la medida" y "Estupidez sublime"; contra el Senado, la Asamblea y el Concejo en "Magistrados magisteriales"; contra los senadores y el *Alta* en "Un par de osos pardos"; y contra el impresor estatal y el *Sentinel* en otra gacetilla. La repentina ráfaga de su lanza mágica señala una vez más al conflicto edipal de Walker, en esta ocasión exacerbado al leer "de parte de la esposa, cuando el marido mate al hombre que violó su lecho" en la crónica de Nugent. Y los lanzazos siguen en los días subsiguientes, encontrando blancos fáciles en los delincuentes y en las autoridades de California. El robo de cien dólares por un caco en una panadería, mueve a Walker a comentar el miércoles 19 de febrero:

Es necesario que nuestros ciudadanos se mantengan en guardia contra los ladrones de todo tipo que infestan la ciudad. Tenemos entre nosotros individuos que han hecho su largo aprendizaje en toda clase de crímenes. Son perfectos maestros profesionales en su ocupación.⁹⁰

Esa noche, dos maleantes entran en la tienda de Mr. C.J. Jansen en San Francisco, le parten el cráneo con un rompecabezas y le roban dos mil dólares. Walker reacciona a la mañana siguiente con otro editorial, aludiendo a las "atrocidades asquerosas que difamarían a un seminol":

... ¿Hasta dónde vamos a llegar? ¡Si un hombre no está seguro en su propia

casa, con centenares de personas a pocas yardas de distancia, dónde va a estar seguro! El incremento de los crímenes y la audacia de los criminales son ya espantosos. Se debe hacer algo que infunda el terror en el alma de esos malvados. Se debe dar un ejemplo. ¿Pero quién ha oído decir alguna vez que colgaron legalmente a alguien en California, ni aún por el crimen más atroz, a sangre fría? Hablen de ahorcar a los grandes ladrones —pero cuelguen primero a quienes cometen atrocidades asquerosas que difamarían a un seminol. Les pedimos a los jueces y a los jurados que consideren el estado del crimen en nuestro medio, que recuerden que peligran las vidas de nuestros ciudadanos, y que impartan justicia rigurosa a los delincuentes. Si los jueces y jurados no nos protegen, pues que el pueblo mismo se encargue de hacerlo con sus propias manos.⁹¹

Ahí Walker en efecto propone la idea que luego producirá a los infames Vigilantes de San Francisco. Dos días después prosigue con el tema, explicándole al pueblo "Cómo acabar con el crimen", cómo impartir "justicia" rigurosa con sus propias manos:

... ¿Cuáles son entonces nuestros recursos para prevenir el crimen? ¿De quién debemos depender para que libre a la ciudad de los abandonados y desesperados bribones que hoy la infestan? Indiscutiblemente, el único remedio para el mal actual está en los brazos fuertes y corazones intrépidos de los propios ciudadanos. Pero debemos organizarnos para ser fuertes, porque nos enfrentamos a un enemigo bien entrenado y disciplinado. Por lo tanto, necesitamos dar algunos pasos para actuar en concierto y acabar con los negros y atroces crímenes que se cometen en nuestro medio. Organicemos una banda de 200 a 300 "reguladores", integrada por individuos que tengan algo que perder en la ciudad y que se interesan en el bienestar de la comunidad. La existencia misma de dicha banda espantará a los malhechores y limpiará de criminales a la ciudad. Si llegan a agarrar a dos o tres ladrones y rateros y los linchan, en el futuro sus camaradas se cuidarían mucho de no volver a robar.⁹²

La receta de Walker para acabar con el crimen la siguieron sin dilación en San Francisco. Según narra el mismo *Herald*, el viernes la policía aprehendió a un tal James Stuart, "reo convicto del asesinato del sheriff de Auburn, a quien había robado \$4.000, y prófugo de la cárcel de Sacramento". Junto con él arrestaron a un compañero de apellido Windred, y al encararlos con Mr. Jansen, éste "instantáneamente los reconoció que eran los mismísimos villanos que lo atacaron a él. Ellos le rogaron cuatro veces que se fijara bien, insistiendo en que estaba equivocado, pero Mr. Jansen las cuatro veces aseguró positivamente que ellos eran. Todo comentario es superfluo".⁹³ El sábado en la mañana llevaron a los reos ante el juez en los propios momentos en que voceaban en la calle el *Herald* con el artículo de Walker sobre "Cómo acabar con el crimen". En cuestión de minutos se congregó una turba frente al juzgado, y a los gritos de "¡Ya es hora!", "¡Agárrenlos!", se abalanzó sobre los prisioneros. Mesas, escritorios y barandillas cedieron ante la furia de la gente, ansiosa de linchar a Stuart y Windred. Al tiempo preciso los salvaron los milicianos "Washington Guards" que entraban en la armería vecina y corrieron a protegerlos, sacando a la turba del juzgado. Para Walker, ésa fue "una de las escenas más excitantes que jamás se ha visto en San Francisco. ... No era una *turba*, sino enfáticamente el *pueblo* en movimiento".⁹⁴

Esa tarde hubo un mitin en la plaza, al que acudieron "cinco o seis mil personas", y tras diversas resoluciones y discursos, se formó un comité para decidir si linchaban a Stuart y Windred: cuatro votos a favor y seis en contra, decidieron que no. Entonces el comité organizó una cuadrilla de veinte ciudadanos "para que vigilaran a los reos durante la noche", y se levantó la sesión para reanudarla al día siguiente. El domingo en la mañana, "entre ocho y diez mil hombres" se congregaron en la plaza, frente al juzgado. De nuevo se puso a votación la propuesta de linchar a los reos, y de nuevo el comité decidió que no. Enseguida montaron un "juicio" en el que después de varias horas de acalorados debates, el "jurado" no se pudo poner de acuerdo: nueve dijeron "culpables" y tres dijeron que tenían dudas. El

mitin se prolongó hasta la madrugada, entre gritos de "cuélguenlos, a como sea —ahórquenlos— la mayoría manda". La crónica de Walker llenó tres columnas en el *Herald* el lunes, cerrando con: "Así terminó esta excitante manifestación pública. Quienes la presenciaron no la olvidarán nunca. Sus efectos se harán sentir aunque no se haga nada más".⁹⁵ En la misma página, su editorial se titula "La justicia no ha muerto":

Por fin despertó el pueblo. Por fin los hombres de San Francisco mostraron que están decididos a ver que se administre justicia —que aunque nuestros tribunales sean débiles y nuestros funcionarios corruptos, que aunque el crimen sea osado y la ley enfermiza y tímida, en esta ciudad deben prevalecer las reglas inmutables del derecho de las que dependen toda genuina fuerza y prosperidad. ... Los ladrones impudentes y atrevidos, los rateros y los asesinos, al igual que las moscas de Egipto, nos persiguen por todas partes —nos siguen los pasos entre la gente, pisan nuestras huellas en los parajes solitarios; y durante semanas hemos confiado en las autoridades constituidas para que nos libren de los males que nos siguen acosando. Pero hemos confiado en una caña rota. ... Ahora es el momento de destruir las guaridas de los ladrones que durante meses han saqueado a los ciudadanos activos y laboriosos de San Francisco; y ahora debemos resolvernlos a limpiar de bribones a la ciudad ...

Terrible es el castigo que nuestros ciudadanos propinarán a los funcionarios indignos que los han obligado a defenderse por sí solos de los inmigrantes que vinieron de la colonia penal y de sus asociados. ... Hace doce meses teníamos abundantes recursos y enormes energías para sostener el gobierno municipal. Ahora estamos postrados ... Bien sería que se acobarden los individuos a quienes se les ha confiado el bienestar público y la seguridad pública, ante sus amos indignados que demandan que caiga todo el peso de la ley sobre el criminal culpable de delitos horrendos. ... Si ya perdieron la conciencia, si es que han violado tanto las leyes del derecho y la razón que ya no sienten remordimiento, deben aprender la lección de ayer y darse cuenta de que el pueblo ya no permitirá que los delincuentes sigan siempre sin

castigo; y que aunque el público puede aguantar mucho, su paciencia no es eterna.⁹⁶

Debajo del editorial, sigue otro artículo de Walker, explicando:

... Los individuos nombrados por el pueblo para juzgar a Stuart y su compinche, eran en realidad un comité de Seguridad Pública, y no fueron escogidos sólo para que decidieran si los reos habían atacado o no a Mr. Janson, sino para determinar si esos sujetos son culpables de delitos capitales que exigen un condigno castigo. ... El objetivo primordial del pueblo es el infundir terror a los malhechores —sentar un ejemplo que convenza a los criminales en esta ciudad de que no podrán seguir jugando con nosotros. ...⁹⁷

El martes insiste en que se organice la banda de "Reguladores":

... Con artificios dilatorios y lentitud intencional, algunos de los que intervinieron el domingo pasado pueden haber impedido que el pueblo castigue a Stuart y su socio.... Como dijimos el sábado, nuestra única seguridad está en organizar una banda de "Reguladores" —de hombres decididos a actuar cuando lo requiera la ocasión y que no tarden veinticuatro horas en decidir la culpabilidad o inocencia de quien caiga en sus manos.⁹⁸

El martes y miércoles salieron noticias de dos intentos de linchamiento de rateros, ambos frustrados por la policía. Cuando el miércoles alguien trató de pegarle fuego al molino de viento en Telegraph Hill, Walker lo aprovecha en su artículo "Audacia del crimen" para pedir de nuevo un castigo sumario, cerrando con este pensamiento: "Que la ira del pueblo sea profunda, seria y ardiente —no ligera ni frívola; y cuando se presente la ocasión propicia, que el castigo del delito sea agudo, severo e inmediato".⁹⁹ La "ocasión propicia" ya se había presentado en Sacramento y el castigo fue agudo, severo e inmediato, como pedía Walker. El espectáculo repitió el del

sábado anterior en San Francisco, pero el martes 25 de febrero en Sacramento la turba logró colgar al reo, un desafortunado apellidado Roe, y Walker lo aplaude el 1 de marzo en "Nuestra deuda con Sacramento":

Los sucesos del martes en Sacramento han surtido efecto indiscutible en San Francisco y están destinados a ejercer aún mayor e indudablemente saludable influencia en todo el Estado. ... Esperamos que el terrible espectáculo de Roe meciéndose en el aire en el Mercado de los Caballos ante los ojos del pueblo enardecido y con justicia indignado, nos salve de la necesidad de repetir la lección en San Francisco. ... El castigo de Roe —la muerte del malvado que era— parecerá liviana como una pluma comparada con la infamia que California le propinará de castigo a ciertos funcionarios judiciales. Así como Dante pasó en silencio ante algunos enemigos en el Infierno, así pasará el historiador patriótico ante estos jueces para no mancillar con sus nombres los anales de la patria.¹⁰⁰

El lunes 3 de marzo, el juez Levi Parsons dio instrucciones al "Gran Jurado" de su distrito.¹⁰¹ Previno a los jurados de que en sus investigaciones no debían acusar a nadie de un crimen, a menos que las pruebas fueren suficientes para que el "Jurado de Juicio" lo declarase culpable. Asimismo, les encargó "investigar a la prensa de la ciudad". La reacción instantánea de Walker, "La prensa, una peste", salió a la calle el martes por la mañana:

El juez del distrito de San Francisco instruyó ayer al Gran Jurado, y entre otras cosas les pidió a los jurados que investigaran a la prensa de la ciudad. Según el reporte del juez, los periódicos de este pueblo son una peste ... El juez, "conocedor de la ley" como lo exige pródigamente la Constitución, instruyó al Gran Jurado que no debe acusar a nadie a menos que las pruebas fueren suficientes para que el Jurado de Juicio lo declarase culpable. Con ello el juez instruye al Gran Jurado que ayude a escapar a los criminales. ... No hay que extrañarse de que al sentar una ley favorable a los criminales, el juez se

declare contra la prensa.

La vieja frase de "locura judicial" cada día toma un nuevo significado más intenso en California. Nuestros jueces parece que se empeñan en "embaucar" al pueblo "hasta la coronilla"; y al igual que el hindú en su frenesí supersticioso, se arrojan bajo las ruedas de la Opinión Pública para que los aplaste el carro sagrado. Cubren al crimen con el manto del armiño; levantan sus impotentes brazos para flagelar a la prensa libre con el látigo de la justicia, como lo llaman ellos. Derraman lágrimas de misericordia bastarda sobre los ladrones y asesinos que amenazan nuestras vidas y bienes; se viran ceñudos de ira y armados de venganza contra la prensa que se atreve a quejarse de la ternura con que tratan a los delincuentes.

... Si nosotros fuéramos el Ángel de la Guarda del juez, le susurraríamos, "¡Cuidado!" ¡Cómo es posible que haya hombres tan ciegos o tan débiles como parece son algunos de nuestros jueces! ¿Acaso creen que la paciencia del pueblo es eterna porque no se ejecuta rápidamente la sentencia contra los funcionarios infieles? ¿Se imaginan que el público permanecerá siempre quieto —que el aire será siempre apacible, la brisa siempre suave, y que nunca acometerá el huracán que los barrerá de la tierra y los enterrará en las profundidades? De nuevo les decimos a los jueces, a uno y a todos, "¡Cuidado!"¹⁰²

Aquí se completaron dos semanas febriles en la psiquis de Walker, proyectadas en su circunstancia de California con violencia. Todo comenzó el 17 de febrero de 1851 con aquel "de parte de la esposa, cuando el marido mate al hombre que violó su lecho", mas las consecuencias se seguirán viendo en el futuro, ya que los sucesos que condujeron a "La prensa, una peste" abren nuevos capítulos tanto dentro de los muros narcisistas en la Ciudad Medialuna Interior de Walker, como afuera, en su Paraíso de Itúriel californiano.